

Enl@ce: Revista Venezolana de Información,
Tecnología y Conocimiento
ISSN: 1690-7515
Depósito legal pp 200402ZU1624
Año 9: No. 1, Enero-Abril 2012, pp. 109-112

Las razones del desaliento en la filosofía

Autor: Franz Brentano
Traducción de Xavier Zubiri
Encuentro, Madrid
ISBN: 9788499200576
pp. 61
2010



estudiante que se enfrenta a la Filosofía en forma de asignatura en el colegio o la universidad, como la sociedad en su conjunto cuando desde distintos ámbitos vocifera —a veces con desdén, a veces en tono acusatorio— la duda sobre qué es la Filosofía,

Tarde o temprano, todo aquel que quiera dedicarse a la Filosofía debe afrontar la pregunta por el objeto material y el objeto formal de su disciplina. Más aún teniendo en cuenta que se trata de una cuestión intrigante, pertinente y recurrente, que se plantea tanto el

para qué sirve, qué es lo que hace o quién es un filósofo.

También los grandes pensadores se han enfrentado a este interrogante que *ya* es, en sí mismo, una cuestión filosófica y con directa incidencia sobre la vida del hombre, quizá porque —como recordaba Josef Pieper en su clásico *Was heisst Philosophieren* (1948)— la Filosofía es, en cierto sentido, el acabamiento y perfección de la misma existencia humana. Franz Brentano (1838-1917) es un filósofo poco divulgado pero muy influyente, cuyo pensamiento sintetizaba empirismo de corte aristotélico (la idea de que los conceptos se forman a partir de la experiencia), metafísica teísta (el fundamento primero y último de las cosas es divino), psicología introspectiva y asociacionista y una gran confianza en que la ciencia natural (sobre todo la física) descubre el mundo material tal como es. Un equilibrio difícil que no obsta para que su obra se cuente entre los antecedentes de la fenomenología y la filosofía analítica del lenguaje.

No es extraño, pues, que Brentano dedicara parte de sus esfuerzos a dilucidar el propósito y sentido de la Filosofía. En parte, como indicaba antes, por tratarse de una cuestión ineludible para cualquiera que se llame a sí mismo filósofo. En parte, además, por la singular situación de la filosofía general —y la alemana en particular— a finales del siglo XIX, sitiada por el auge y caída

de los últimos grandes sistemas (Comte, Hegel) y cuestionada por los avances en el campo de la ciencia experimental, especialmente la recién inaugurada Fisiología.

Este opúsculo recoge dos conferencias en las que el pensador alemán aclara y discute el método, el objeto, el estatuto científico y la importancia de la Filosofía. Así, *Las razones del desaliento en la filosofía* —pronunciada en la Universidad de Viena en 1874— arranca estableciendo que la disputa entre idealistas y positivistas sobre el método filosófico hoy está resuelta y “ya no queda duda ninguna de que tratándose de asuntos filosóficos no puede haber más maestro que la experiencia”, entendiéndolo por *experiencia*, eso sí, tanto la externa como la interna. “No se trata”, entonces, “de suministrar con un gesto genial el todo de una concepción más perfecta del mundo, sino que el filósofo tiene que adentrarse en su campo conquistándolo paso a paso como cualquier investigador” (p 7). Ahora bien, ¿puede lograrse verdad y seguridad en cuestiones filosóficas? En la respuesta a esta pregunta coinciden —ayer y hoy— tanto la opinión común como parte de la especializada: *no*. De ahí el desaliento que invade a aquellos que se acercan a la Filosofía. Las causas principales de donde brota esta desconfianza frente a la Filosofía como ciencia se resumen, para Brentano, en cuatro principales que, con el fin de transparentar aún más si cabe la claridad escolástica de su exposición, podemos esquematizar así:

1. *Falta de teoremas generalmente aceptados*. “Donde hay saber, hay necesariamente verdad, y donde hay verdad, hay unidad; hay muchos errores, en efecto, pero sólo una verdad”. Aho-

ra bien, en Filosofía hay escuelas, sistemas contrapuestos y opiniones diversas en todas sus ramas. “Si la filosofía fuera una ciencia, después de más de dos mil años de investigación, no existiría hoy en ella semejante falta de teoremas universalmente aceptados” (p. 9).

2. *Revoluciones completas que la Filosofía padece una y otra vez*. Al contrario que en otras ciencias, en Filosofía no parece que haya progreso o avance histórico, pues cada nuevo sistema poco o nada conserva de los anteriores (p. 10).
3. *Inaccesibilidad del fin que se propone, siguiendo el camino de la experiencia*. El filósofo quiere saber la esencia de las cosas, el *cómo* y el *porqué*. Ahora bien, el camino general de la investigación —observación y experiencia— no nos introduce en la esencia interior y verdadera de la cosa ni nos permite aprehender su concepto. ¿Qué medios extras posee entonces el filósofo para descubrir esto? (pp. 11-12).
4. *Imposibilidad de valoraciones prácticas*. Todo conocimiento en algún momento se muestra útil para la vida, pero la filosofía padece de *esterilidad práctica* (p. 13).

Ahora bien,

1. El estado retrasado de una ciencia (como la Filosofía) no habla en contra de su científicidad ni de su capacidad para alumbrar progreso científico (p. 16).
2. La falta de frutos prácticos tampoco habla en contra de su científicidad. Una ciencia sólo aporta frutos prácticos cuando logra cierta madurez, que la Filosofía aún no tiene (pp. 16-17).

3. El modo de explicación y fundamentación que la Filosofía postula (descubrir la esencia interna de los acontecimientos) es fruto de su estado retrasado (pp. 17-18).
4. La falta de una tradición continuada procede de la inmadurez de la filosofía (p. 19).

Siendo de peso, todas estas razones no demuestran que la Filosofía sea pseudo-ciencia sino, en todo caso, que la Filosofía no ha llegado a ser ciencia tan perfecta como otras disciplinas generales. La desconfianza frente a la Filosofía, por tanto, está justificada en cuanto el filósofo responde a sus cuestiones con menor amplitud, seguridad y precisión. Pero no lo está “si va tan lejos que haga creer que la filosofía anda tan sólo en pos de fantasmas; que persigue objetivos para los cuales no hay camino ni sendero ninguno, y que serán inaccesibles por toda la eternidad” (p. 20). El espectacular desarrollo de las ciencias naturales no finiquita a la Filosofía sino que la impulsa a considerar con más intensidad el círculo de cuestiones irrenunciables para la humanidad que alberga en su seno y que están más allá de lo que estudia la ciencia natural.

Pronunciada en marzo de 1892 en la Sociedad Filosófica de Viena, *El porvenir de la filosofía* es, en realidad, una larga respuesta al discurso de apertura de curso de Adolf Exner, jurista y rector de la Universidad de dicha ciudad y, más concretamente, una réplica a dos afirmaciones conflictivas del rector, a saber, que la Filosofía se encuentra en un estado de decadencia irreversible y que en modo alguno deben emplearse en ella los métodos de las ciencias naturales.

Sobre la primera proposición, Brentano reconoce que es común pensar que la Filosofía languidece, quizá dada la escasez cuantitativa de nuevas producciones filosóficas, pero la Filosofía de final del XIX es *mejor* que la del principio, entre otras cosas, porque ha recibido la aportación de las ciencias experimentales, y puede *probar* lo que dice. Además, el interés filosófico está vivo —como se ve en el éxito de la hipótesis darwinista o de la literatura germana, rusa y nórdica— y la cultura filosófica crece, quizá no en las aulas, pero sí en los periódicos, en las asociaciones y en la alta exigencia del público general (pp. 29, 31-32).

Brentano concede cierta razonabilidad a la segunda afirmación de Exner. Al fin y al cabo, podría pensarse, en asuntos éticos, sociales y políticos los fenómenos son muy complejos como para reducirlos a leyes naturales y, además, contienen una dimensión histórica que dificulta ofrecer una explicación unitaria de ellos. Ahora bien, en las ciencias naturales, ni todos los fenómenos son simples ni todos se pueden explicar con exactitud deductiva y, por cierto, también en las ciencias de la Naturaleza hay fenómenos históricos, como la evolución de los organismos, la variación de enfermedades o las leyes de la geología. “La ciencia de la Naturaleza no exige en manera alguna... que en todas partes debamos proceder uniformemente, como en los más sencillos casos de la mecánica. Por el contrario, nos enseña y nos ejercita en cambiar nuestros procedimientos de acuerdo con la índole especial de los objetos, y a aumentar o rebajar nuestras exigencias para lograr, en un caso, un éxito completo, y obtener en otro, renunciando a lo imposible, lo científicamente posible” (p. 49).

Puede que en algún punto las tesis de Brentano suenen extrañas o anacrónicas, como la identificación de Filosofía y Psicología, la insistencia en que la Filosofía es una ciencia retrasada o la convicción de que el filósofo debe probar lo que dice al modo en que lo hace el naturalista. Pero, junto con ideas que pueden resultar más o menos discutibles, se hallan también intuiciones valiosas, como el punto de partida realista de la primera conferencia y la hipótesis a favor de la pluralidad de la razón expresada de modo implícito en la segunda. Para Brentano, no sólo es que cualquier conocimiento nace de la experiencia y la atención al dato sino que, además, la razón utiliza métodos diversos según el objeto que trata de conocer, como prueba el ejemplo del conocimiento científico. Es por este motivo que, según Brentano, las ciencias del espíritu deben seguir un método análogo al de las ciencias naturales, esto es, buscar conexiones causales y conocerlas por observación metódica del acontecer real, sabiendo que es una observación difícil, a causa del carácter suprasensible de sus objetos, de la imposibilidad de aislar los fenómenos por medio del experimento y de la distancia que separa los efectos de las causas (p. 59).

Intuiciones todas que dan luz sobre el porvenir de la Filosofía, cuyo futuro se halla —hoy lo sabemos— indisociablemente unido a lo que nos

importa y nos preocupa, ya sean problemas bioéticos o de moralidad pública, el progreso científico-técnico y la ideología que produce, el significado de los procesos de despolitización tecnocrática, la definición de los problemas que acarrea una crisis económica, la justa distribución de recursos naturales o los lugares adecuados para la educación moral. Asuntos todos que cuentan con sus propias ciencias especiales, pero cuyo estudio —a veces, altamente especializado— no excluye la posibilidad de que surjan nuevos problemas. Es justamente por ello que, como aseveraría John Dewey cincuenta años más tarde en “*Philosophy’s Future in Our Scientific Age*” (1949), es vital que los filósofos tengan un papel activo en el desarrollo de opiniones y puntos de vista sobre lo que está humanamente en juego con el progreso científico y en la creación de las condiciones culturales para que los conocimientos técnicos y especializados puedan ponerse al servicio del bien común y compartido. Una sentencia que, seguramente, habría firmado el maestro Brentano.

Juan Pablo Serra
Correo electrónico: j.serra.prof@ufv.es
Departamento de Formación Humanística
Universidad Francisco de Vitoria
Ctra. Pozuelo-Majadahonda, Km. 1,800
28223 Pozuelo de Alarcón (Madrid)